

MEDITACIÓN 23

**PARA NUESTRA FIESTA
CALASANCIA:**

**UNA VEZ
MÁS**

**CALA
SANCIA**

P. Juan Jaime Escobar Valencia, Sch. P.

Ilustración: José Rodríguez



“

A veces nuestra luz se apaga,
pero su flama regresa
cuando nos encontramos
con otro ser humano
que nos la enciende.
Cada uno de nosotros
le debemos las gracias
a los que nos han vuelto a encender
nuestra luz interior».

(ALBERT SCHWEITZER)

Una vez más, un año más, es Calasanz, es nuestra fiesta.

Por unos días haremos diversas actividades para disfrutar nuestra pertenencia a este sueño colectivo, a esta esperanza compartida, a esta alegría existencial, a esto de ser Calasanz que nos hermana e identifica.

Sabemos muy bien lo que estos días de fiesta significarán para nosotros. Serán días en los que intentaremos en la virtualidad vivir un poco de la alegría que siempre hemos procurado tener cada vez que celebramos nuestras jornadas calasancias. Todos estaremos muy ocupados divirtiéndonos un poco o coordinando las actividades preparadas para el disfrute de los demás. Pero hagamos lo que hagamos y estemos en lo que estemos, todos sabremos siempre que hay alguien en el fondo sosteniéndolo todo, dándole sentido y razón a estos días nuestros. Y ese alguien es Calasanz.

En 1592 Calasanz llegó a Roma para buscar un cargo eclesiástico que le permitiera ayudar en la reforma de la Iglesia y que, además de darle la oportunidad de coronar su carrera clerical, le ofreciera la posibilidad de llevar una vida cómoda y asegurada. Sin embargo, Jesús —el mismo que a tantos les ha cambiado la vida— y los niños pobres de las barriadas romanas, le trastornaron todos los planes. En 1597 comenzó a dirigir una escuelita en la sacristía de la iglesia de Santa Dorotea y a partir de entonces ya no quiso ni pudo abandonar a los niños. Los muchachos se le metieron en el alma y él sólo quiso entonces, meterse a su vez en el alma de los muchachos, para dejarles la más hermosa herencia: su propia persona llena de alegría y esperanza, enamorada de Jesús.

Esto es en últimas lo que celebramos cada año cuando llegan estas fiestas de agosto y estos días calasancias. Más allá de nuestras alegrías tan pasajeras y de nuestras diversiones momentáneas, hay algo que permanece, algo que nos convoca y que es lo que realmente nos identifica. Y ese algo es Calasanz, su persona, sus valores, su amor, su alegría, su esperanza.

Por eso, por un año más no sólo es fiesta,
no sólo son días de actividades,
no sólo es esparcimiento.
Por un año más,
incluso por este desconcertante año,
una vez más,
es Calasanz.

1.

LA PERSONA DE CALA SANZ

Encontrarnos con Calasanz es encontrarnos con su forma de vivir, con lo que movió cada segundo de su existencia, con lo que lo llevó a entregarse por los niños, con lo que le permitió permanecer alegre y fiel, aun cuando todo se derrumbaba.



Tal vez creemos conocer a Calasanz porque conocemos los detalles anecdóticos de su vida: el nacimiento en Peralta de la Sal, los estudios en Valencia y Alcalá, el doctorado en Barcelona, el viaje a Roma, la infructuosa búsqueda de la canonjía, la escuelita del Trastévere, la fundación de la Orden de las Escuelas Pías, los sufrimientos de los últimos años, la muerte en la madrugada del 25 de agosto de 1648. Pero más allá de estos hechos que pueden parecer simplemente los datos de una historia, hay una persona viviente, un ser humano con sus ilusiones, sus sueños, sus amores y sus lágrimas. Calasanz no es un personaje del pasado. Calasanz es una Persona, es decir, es una manera de vivir y una manera de vivir que, aún hoy, interpela, inspira, convoca, ilusiona, anima e ilumina.

Encontrarse con Calasanz no es encontrarse con una pieza de anticuario, valiosa quizá, pero que no nos dice nada hoy, que no nos puede enseñar nada, pues está demasiado lejos en el espacio y en el tiempo. Encontrarnos con Calasanz es encontrarnos con su forma de vivir, con lo que movió cada segundo de su existencia, con lo que lo llevó a entregarse por los niños, con lo que le permitió permanecer alegre y fiel, aun cuando todo se derrumbaba. Y de esto no sólo podemos, sino que necesitamos aprender, porque cuando nuestra luz se apaga, es otro ser humano, otra persona, quien nos la puede de nuevo encender.

¿Quién es Calasanz?

- Calasanz es un hombre que se dejó encontrar por Dios y le permitió a Dios cambiarle la vida. Calasanz es, ante todo, un convertido. Acomodado, siendo un buen sacerdote y teniendo su vida asegurada, se dejó sin embargo cambiar la vida por un Dios que lo inquietó a los cuarenta años, cuando la mayor parte de las personas ya tiene su vida definida. Dios le llegó en la oración, en los pobres, en los niños, en las miserias de la Roma de la época y Calasanz lo dejó llegar, lo dejó entrar en su vida y le permitió relativizar todo lo que hasta ese momento era importante para él. Ante la irrupción de Dios en su existencia, todo lo que para él era ganancia, se le volvió basura, con tal de ser fiel a ese Dios que había visto entre los niños y al cual nunca quiso renunciar. Cuando después de años de espera al fin le comunicaron que había obtenido la anhelada canonjía que pretendió, respondió que ya había encontrado en Roma la manera definitiva de servir a Dios sirviendo a los niños pobres y que no la cambiaría por nada del mundo. Dios lo hizo

sacerdote comprometido con la reforma de la Iglesia, Dios lo hizo maestro, Dios lo hizo religioso haciéndolo pobre, casto y obediente y Dios lo hizo santo. Dios le escribió la vida y Calasanz se dejó escribir.

- Calasanz es un hombre que se sintió llamado por Dios al Sacerdocio. Calasanz es un Sacerdote. En los sufrimientos de una enfermedad de juventud y delante de su padre, le prometió a Dios que sería sacerdote, y fue fiel a esta promesa hasta el fin. En los primeros años de sacerdocio se dedicó a la reforma de una Iglesia agobiada por la corrupción de algunos de sus miembros. Y luego, en las escolitas fundadas por él en Roma descubrió una manera totalmente diferente de ser sacerdote. Sin honores, sin grandeza, sin poder, sin riqueza, el sacerdocio de Calasanz fue el sacerdocio del servicio humilde a los niños. Muchos no lo entendieron. En aquella época era una vergüenza ser maestro y una vergüenza aún mayor que un sacerdote se dedicara a educar a los niños. Sin embargo, este fue el sacerdocio calasancio. Su pueblo fueron los muchachos, su ministerio fue la entrega total a Dios siendo misericordioso con los niños, su sacrificio fue su propia vida clavada en la cruz de la actividad educativa y su labor sacramental. Fue sacerdote abajándose para enseñar a los pequeños la señal de la cruz, para escuchar con amor de padre las confesiones de los muchachos, para ser sacramento viviente de Jesús entre los niños.
- Calasanz es un hombre que se descubrió a sí mismo como Educador. Calasanz es también un Maestro. Al principio no lo sabía. Fueron tal vez los niños los que le fueron descubriendo el tesoro precioso de la educación. Dice el Evangelio que quien encuentra un tesoro escondido en el campo, va y vende todo lo que tiene y adquiere ese campo para quedarse con el tesoro. Así le sucedió a Calasanz. Primero fueron las clases de Catecismo con la Cofradía de la Doctrina Cristiana y luego fueron las de ábaco, silabeo y lectura, en las nacientes escolitas. Un buen día descubrió que eso era un tesoro y lo dejó todo, lo abandonó todo, lo vendió todo y sólo quiso saber de niños y escuelas. Y se dedicó a educar, lo que para él significaba guiar a cada niño por el camino de su más profunda inclinación, que es el camino que el Espíritu Santo va trazando en cada persona. Para lograr esto, se sirvió de la luz de la fe cristiana y de la luz de la ciencia humana, de la Piedad y las Letras,

con el anhelo de ser para los muchachos, un ángel custodio que los condujera hacia la felicidad completa. Siglos antes de que la humanidad comprendiera que lo único que tiene el poder de transformar positivamente las vidas de las personas es la educación, Calasanz se inventó la educación integral en Piedad y Letras y a la dignidad de su sacerdocio, unió la humildad de ser maestro de pequeños y pobres.

- Calasanz es un hombre que se consagró por entero a Dios y a los niños. Calasanz es también un Consagrado. Descubrió que Dios le pedía ser educador de niños pobres, pero también descubrió que, para poder comprenderlos, amarlos y servirlos, era necesario que fuera pobre como ellos y aún más que ellos, que su corazón no perteneciera a nadie sino sólo a ellos y que obedeciera a Dios y buscara su santa voluntad, para ser verdaderamente fiel a ellos. Así, a medida que fue arriesgando su vida entre los niños pobres, tres llamados surgieron con fuerza en su vida:
 - **LA POBREZA:** para compartir la existencia toda entre los más humildes viviendo desapegado de los bienes e intereses del mundo y únicamente apegado al servicio de los niños;
 - **LA CASTIDAD:** para no tener un corazón dividido, sino totalmente entregado a Dios y, por Dios, a los niños;
 - **LA OBEDIENCIA:** para ser completa y rendidamente fiel a lo que Dios quería de él, de manera que la voluntad de Dios —«quien nos ama mucho más de lo que nosotros mismos nos amamos»— fuera el criterio último para guiar su propia vida y la vida de los niños.

Estos llamados lo llevaron a hacerse religioso y a fundar la Orden de las Escuelas Pías, siendo ésta la primera comunidad religiosa dedicada exclusivamente a la buena educación de la juventud y preferentemente de los más pequeños y pobres.

- Calasanz es un hombre que se dejó moldear y santificar por Dios. Calasanz es un santo. Todo lo que Dios toca lo vuelve como Él. Dios es la ausencia absoluta de egocentrismo, por eso cuando toca a alguien, le transmite siempre su propio ser: la santidad. Cuentan que cuando Calasanz murió, un niño romano salió por las calles gritando: «¡Ha muerto el santo,

ha muerto el santo!»). Y es verdad, Calasanz llegó a la santidad, pero no tanto a la santidad de los milagros y el olor a incienso, sino a la santidad sencilla de desgastarse un poco cada día, haciendo la voluntad de Dios entre los niños. Al ritmo de la vida y de los compromisos, día a día Calasanz fue descubriendo nuevas maneras de ser fiel a Dios. Llevar una vida recta, ser sacerdote, colaborar en la reforma de la Iglesia, ir a Roma, visitar a los pobres, orar, hacer una escuelita para niños pobres, afianzar las escuelas fundando una comunidad religiosa dedicada a la educación, elegir la suma pobreza, sostener su obra aún en los más duros momentos, una a una éstas fueron las decisiones de Dios y una a una Calasanz las aceptó, las vivió y fue fiel aun cuando casi todo estuviera derrumbado. Por eso, llegó a asemejarse tanto a Jesús. Llevado por Dios, moldeado por Él, fue adquiriendo poco a poco el rostro precioso de Cristo, el rostro humano de Dios.

- Calasanz es un hombre. Pero, ante todo, Calasanz es un hombre, un hombre como tú, como yo, como todos nosotros. Su vida, como la nuestra, estuvo llena de realidades profundamente humanas. Conoció la ambición y la pobreza; quiso ser perfecto por su propio esfuerzo, hasta que al fin descubrió que era necesario dejarse moldear por Dios; buscó la felicidad en algún honor eclesiástico y la encontró entre los pobres y pequeños; amó con gran intensidad y conoció la soledad de quien es incomprendido por seguir a Cristo; quiso llevar una vida segura y cómoda según la dignidad clerical y, sin embargo, vivió la mitad de su vida entre los pobres y murió anciano, con su obra casi destruida y aparentemente fracasado. No, no fue un héroe, no fue un personaje, no fue una figura. Fue un hombre, con pasiones como los hombres, con sufrimientos de hombre, con búsquedas de hombre y con el encuentro con Jesucristo el Hombre. Sólo un hombre, un hombre y su amor, un hombre y su felicidad, un hombre y su esperanza, eso fue, eso es, Calasanz.

2.

TAMBIÉN TU ERES CALASANCIA

Ser calasancio, ser calasancia, es atreverse a ser uno mismo, arriesgarse a vivir a partir de la inclinación profunda del corazón, de aquellos valores y dones auténticos que Dios creó en el interior más interior de cada quien.



Ilustración: José Rodríguez

Y tú, ¿quién eres tú? En esta sociedad de seres despersonalizados, de criaturas hechas en serie, de muchachos y muchachas que dicen y opinan lo mismo que el montón para estar a la moda, de jóvenes que hasta para ser rebeldes necesitan copiar modelos y ser iguales a la masa, para pretender ser diferentes, sabes ¿quién eres tú?

Sí, es verdad, eres estudiante de un Colegio Calasanz, pero ¿eso es algo esencial en ti o es simplemente un hecho aislado, casual, un accidente y nada más?

Ser calasancio, ser calasancia, es algo más que estar matriculado en una institución y cumplir mal que bien algunos principios o normas internas. Es más que recibir unas enseñanzas. Es más que pasarse años en un sitio sin que nada por dentro haya sido interpelado ni transformado. Es más que utilizar alguna prenda con el escudo de un colegio, sin que el alma lleve el mismo compromiso que aquel escudo significa. Es más que unos años pasados en un centro educativo. Es más que la rutina de las horas de clase día tras día. Es más que unos compañeros que hoy están contigo y mañana se marcharán. Es más, mucho más.

A veces, somos como piedras de río, mojados por fuera y secos por dentro. Exteriormente nuestra vida puede estar inundada de Calasanz, pero el corazón puede estar lejos, dramáticamente lejos de lo que Calasanz nos anuncia. Por eso, ser calasancio, ser calasancia, no es una pertenencia a una institución, no es un saberse los ideales de un centro educativo, no es un repetir sin alma y sin vida dos o tres valores que no se llevan a la práctica.

Ser calasancio, ser calasancia, es una manera de vivir, es asumir la vida como personas auténticas y significativas y no como los personajes plásticos que este mundo superficial fabrica.

Ser calasancio, ser calasancia, es atreverse a ser uno mismo, arriesgarse a vivir a partir de la inclinación profunda del corazón, de aquellos valores y dones auténticos que Dios creó en el interior más interior de cada quien.

Ser calasancio, ser calasancia, es tomar conciencia de todo lo doloroso que habita dentro de uno y descubrir que junto a lo bello que uno tiene, existe también una extraña capacidad para hacer el mal que es necesario afrontar para no dejar que la existencia sea arrastrada por las tendencias torcidas que nos habitan.

Ser calasancio, ser calasancia, es dejarse transformar por Dios, dejarse moldear por Él e ir adquiriendo poco a poco el rostro de Cristo y creerse que la búsqueda de la felicidad está realmente en vivir una vida que sea según Dios, según su Sabiduría, según su Luz, según su Paz, según su Amor de Misericordia.

Ser calasancio, ser calasancia, es encontrar un amor por el cual dar la vida, es descubrir que la vida es la oportunidad que Dios nos da de servir y pasar por el mundo haciendo el bien.

Por eso, ser calasancio, ser calasancia, es tener un corazón sensible y solidario ante la realidad de los sufridos, los vulnerables, los pobres y los pequeños.

Ser calasancio, ser calasancia, es hacer la voluntad de Dios, es querer agradar sólo a Dios y a Él sólo pertenecer, es tener el coraje de querer ser santo en medio de este mundo corrupto y decadente, y es, ante todo y por sobre todo, ser Humanidad que se atreva a ser profundamente Humanidad.

No sabemos bien quién eres tú. Tal vez lo que sepamos de ti sea sólo la imagen que has procurado mostrar a lo largo del tiempo que llevas con nosotros. Quizá esa imagen tenga mucho de cierta y quizá, también, mucho de apariencia. No sabemos bien cuáles son tus valores. Tal vez los que aparentemente aceptas cuando te hablamos de Jesús, del Amor, del dar la vida por los demás, del servicio, de la humildad. Quizá este mundo decadente ya haya hecho su labor enajenadora contigo y, en la práctica, se te caen los valores que hemos querido ofrecerte y te calzas los valores violentos y llenos de codicia, ambición, materialismo, sensualidad y superficialidad que regala la sociedad. No sabemos bien qué es lo que sostiene tu vida. Tal vez has descubierto dentro de ti la presencia amorosa y viva de Aquel que te creó, de Aquel que confió en ti y que lo apostó todo por ti. Pero quizá nada te sostiene y por eso, tu vida de tumbo en tumbo, arrastrada hoy por un desánimo y mañana por una tristeza, manipulada por lo que te rodea, controlada por el mundo en el que vives, se dirige hacia ninguna parte.

No, no sabemos bien de ti. Porque los rostros son a veces impenetrables, porque es más lo que se suele callar que lo que se dice, porque uno tiende a hundir en el silencio lo que sería más urgente confesar, porque se puede vivir aparentando lo que no se es, porque cada día los jóvenes se endurecen más pronto, más dolorosamente rápido.

Pero, aunque no lo sepamos todo de ti, hay algo que sí sabemos y es que tú, por el hecho de estar aquí compartiendo este tiempo de crecimiento con nosotros, has sido llamado a un sueño, a un amor, a una alegría, a una esperanza. Tú, has sido llamado a ser Calasanz, a ser Calasancia, porque también tú puedes ser Calasanz.

Renuncia si quieres a esto, desperdícialo si ese es tu deseo, olvídale si es que eso es posible. Pero de la misma forma que el que ve la luz jamás vuelve a dormir tranquilo, vayas a donde vayas y hagas lo que hagas, sabrás que también eres Calasanz, que hay un Calasanz queriendo surgir en ti, queriendo gritar por ti, hablar por ti, salvar niños por ti, amar a través de ti, consagrarse al servicio de los otros en ti, cambiar el mundo gracias a ti, vivir con belleza, nobleza y dignidad dentro de ti, aspirar al abrazo total con Dios en la plenitud por ti.

Sólo te encontrarás cuando lo encuentres.
No fuiste creado para ser del montón.
Lo mejor de Ti, es Calasanz.

Ha llegado agosto, agosto de este difícil año de incertidumbres y desafíos, de pérdidas y encierros, de miedos y frustraciones. Pero aun este año tenemos fiesta, la fiesta del hombre que le cambió la vida a los niños, y por la Piedad y las Letras les abrió el camino hacia la verdadera felicidad.

Deja que Calasanz se te acerque en estos días. Quitá tus defensas, derrumba tus resistencias, límpiate tus lágrimas, disipa tus desesperanzas, busca tu luz interior y déjate encontrar.

Tal vez la lámpara brillante de Calasanz te permita redescubrir esa tu luz propia, en el centro de ti, llamándote al amor, a la alegría y a la esperanza.

Y si tú descubres encendida tu luz interior, tal vez una nueva oportunidad surja para ti, y quizá, a través de ti, para todos, para el mundo entero.



Ilustración: José Rodríguez

“

Cuánto deseo comunicarte con cariño paterno y caridad, el espíritu que Dios me ha dado. Por eso te exhorto con todo el afecto posible, a venir junto a mí por algún tiempo, para que aprendas el camino angosto que lleva al cielo, el cual una vez aprendido se torna fácil y seguro.»

(SAN JOSÉ DE CALASANZ).



®

Orden Religiosa de las Escuelas Pías

ESCOLAPIOS NAZARET

"Educación en Piedad y Letras"